

Poemas

JUAN CARLOS RECINOS

Trueno marino

Vago por tus labios, dos paredes desprendidas,
con mi sangre densa y la luz implacable,
con la sal del mar, el topacio y las espinas.
¿Cuál es tu nombre flor pétreo, amada mía?

Soy un semáforo rojo, un trueno marino,
el crepúsculo del ávido volcán desnudo.
Sólo mi pecho guarda tu llanto, amor mío,
anillo de agua, de tu corazón florecido.

Cuando de mis copas, cuando de mis hojas,
brotó la espuma blanca de mi mar bravío,
de tu gris mirada anestesiada del hastío,

aquí empiezan mis labios a sonreír,
y respira mi corazón y respiran las flores
con tu piel delgada de guanábana madura.

Piedra Ágata

Esta noche cuando la luna blanca y moribunda
salga a florecer sobre tu corazón, fiel amante,
mis manos como del cristal viejo ascenderán
a seguir tu sombra torpe y los besos florecidos.

Y por encima de tu belleza amarilla, con pinos y ciruelos,
el universo y sus mariposas blancas, de pálido dios marino,
van a morir, con los pájaros ciegos y los corazones frescos,
y las olas desde su imperio, implacables, serán montañas florecidas.

Y cuando tus ojos grandes de ópalos nacarados
lancen su constancia de tu amor ufano y libertino
te diré; ¿Cuándo mi bello amor de piedra ágata

intentó el sahumero de tu alma, amor mío?
Dirás que la armonía del aire dominante, embriagante y sepulcral,
se desplegó hediondo, la crisálida de tu sangre infestada de
nomeolvides.

Manos púrpuras

Al Este de mi corazón, un beso tiembla entre
las estrellas palpitantes, entre los días, meses y siglos.
Y tus ojos claros de la luna, la flor y la piedra,
establecen en racimos manos púrpuras sumergidas en sangre.

Y te amo desde que tu frente pálida, de elevados peces
sin escamas, extingue al sol y al silencio indócil de flor
pétreo, y mi corazón en tu garganta, desgrana las palabras
del aroma del sauce viejo, en tu mano desnuda.

Y al revés de un silencio nocturno, el aullido de mi corazón quieto,
contiene la tristeza de un gesto glorioso, detrás de la noche
decembrina.

Y al anochecer, dije tu nombre y la voz del espejo rozó mi mano,

¡Calla, infame! Hoy he muerto sobre mil cuerpos, en una confianza
de la violencia de las horas, he aquí que soy un transeúnte, en
[el momento
más grave de mi silencio, cuando tus párpados de sal cierran
[mis ojos. ■